

medios pedisteis entonces al soberano médico? ¿Quando sentiais tanto las enfermedades de vuestra carne, os acordabais, por ventura, de las de vuestra alma? Qué pocos serian, ¡oh Dios mio! los que os pidiesen, si no tuvierais que distribuir mas dones que los del cielo, ni mas tesoros que los espirituales. Pero no digo bien, Católicos: no es el Señor á quien invocais quando deseais alguna otra cosa mas que él. Pedís la salud, la prosperidad, y la fama, pues solamente le rogaís para alcanzar algunos de estos dones; le buscáis como aquellos Judíos carnales, movidos de los panes terrenos que multiplica, y vuestra oracion solo es una súplica injusta de un bien perecedero, que haceis al Autor de todos los bienes.

La segunda reflexión es que la verdadera oracion siempre hace que nos acordemos de nosotros mismos, sin permitir que nos olvidemos de nuestras propias necesidades con pretexto de elevarnos sobre nuestra miseria. *Hijo de David, tened misericordia de mí.* Porque orar es conocer nuestra miseria, confesar nuestra injusticia en la presencia de nuestro Dios, y suspirar por la gracia de una perfecta libertad. Orar es querer aniquilar en nosotros todo quanto desagrada al Sér supremo, animarse á serle en adelante mas fiel, confundirse á vista de sus beneficios y de nuestra ingratitud; orar es comparar nuestras costumbres con la santa ley, medirlas siempre con esta regla, cortar sin piedad todo quanto se halla en ellas que la sea contrario, y adelantar en el exercicio de las christianas virtudes. En una palabra, la oracion es la perfeccion de nuestras costumbres. ¡Ah Católicos! El hombre estando como está tan corrompido, sustentandose con la soberbia, con la sensualidad, con la ignorancia, y estando sujeto á tantas flaquezas, por mas que haya adelantado en la virtud, ¿podrá nunca pedir favores á su Dios sino para sí mismo? ¿Podrá proponerse otro ob-

objeto de su oracion mas que las infinitas necesidades de su alma? ¿Podrá tener tiempo para entregarse á especulaciones vanas en las que se desvanezca? ¿La oracion es acaso un esfuerzo del entendimiento, ó la lengua del corazon? ¿Se puede nunca adorar á Dios de un modo mas digno de su Magestad, que quando postrada la vil criatura delante de su Soberanía, reconoce que en su presencia no es mas que polvo y ceniza? El pecador solamente debe usar de este estilo con su Dios: *Hijo de David, tened misericordia de mí.* En esta expresion se encierra lo mas sublime de su oracion; de este modo adora á su Señor, le ama, espera en él, reconoce sus beneficios, y confiesa su propia miseria.

En tercer lugar, la fé de nuestra Cananéa la inspira en su oracion una resignacion perfecta en la voluntad de su Salvador; se contenta con decirle: *Mi hija está cruelmente atormentada del demonio: Filia mea malè à demonio vexatur.* No añade, dice San Juan Chrysóstomo, libradla Señor: no impone ley alguna á su misericordia: no se la oye gritar como á aquel soldado del Evangelio: *Vénid, Señor, y curad á mi criado: no como el ciego de Jericó: Señor, haced que yo vea: no como á la madre de los hijos del Cebedéo: Mandad que se sienten mis dos hijos, uno á vuestra diestra, y otro á vuestra siniestra; sino que contentandose con manifestar el motivo de su dolor, remite lo demás á la prudencia y piedad del Hijo de David, y dexa unicamente á la disposicion de su voluntad los efectos de su suerte.* *Filia mea malè à demonio vexatur.* De este modo quiere Dios que le pidamos, Católicos; él conoce mejor que nosotros nuestras necesidades, porque nosotros regularmente no sabemos lo que le pedimos; muchas veces le pedimos favores, los que nos concede su justicia por castigo, y porque se indigna de que en nuestras oraciones no ha-

gamos caso de su voluntad, de que tengamos tan poco respeto á las eternas ordenes de su providencia para con nosotros, y de que el antojo de nuestros deseos quiera dar la ley á su sabiduría: Con todo eso, amados oyentes míos, este es el universal defecto de nuestras oraciones; casi nunca sirve de regla á nuestros ruegos y súplicas el cumplimiento de su santa voluntad. Quando os ha castigado en vuestros bienes ó en vuestra persona, ¿le habeis dicho: Señor, si este estado de afliccion me hace mas agradable á vuestros ojos, y me pone en una feliz imposibilidad de desagradaros, no me libreis de unos males tan preciosos? ¿Le habeis rogado de este modo? ¡Ah! Que os parecian pocas vuestras lágrimas y vuestros suspiros para pedirle la restitucion de la salud ó de la fortuna. ¿Pero qué es lo que os ha sucedido? Os oyó el Señor, y los efectos os han hecho conocer muy á costa vuestra que os ha castigado con oiros, y que fue para vosotros un Dios justiciero, quando os pareció propicio. Os servisteis de la salud que os concedió para los deleytes y para los desordenes de las pasiones: los bienes que os restituyó no han sido en vuestras manos mas que funestos instrumentos de vuestros delitos. Quando hirió con su poderosa mano á aquel hijo á quien tan desordenadamente amabais, y al que mirabais como unico sucesor de vuestras grandes riquezas, y apoyo de vuestras esperanzas, ¿os contentasteis con decirle, como la santa muger de nuestro Evangelio? Mi hijo se halla cruelmente atormentado, su suerte está en vuestras manos, bien veis mi afliccion, y conoceis en lo que ha de venir á parar, no hagais caso de mis deseos, si no son conformes á vuestros eternos consejos: *Filia mea male à demonio vexatur.* ¡Ah! No sabeis pedir al Señor mas que su vida, y que alargue sus dias. Le concedió la vida, le alargó los dias, y despues los infinitos

pe-

pesares con que sus licenciosas costumbres han contristado vuestro amor, y acaso la desnaturalizada desobediencia contra vosotros mismos, y el olvido del respeto y de la piedad paternal, os han dado á conocer que entonces no debia haber sido oida vuestra súplica, y que el beneficio con que entonces consoló el Señor el exceso de vuestro dolor fue el castigo mas terrible. Como nosotros ignoramos, Católicos, si el Señor quiere santificarnos por el camino de las aflicciones ó por el de la prósperidad, por el de la salud ó por el de la enfermedad, con la fama ó con los oprobrios, debemos siempre pedirle en nuestras oraciones que se cumpla en nosotros su voluntad eterna, y que nos guie por el camino que nos preparó desde el principio de los siglos; y no pedirle los bienes temporales, sino en quanto parezca á su sabiduría que son convenientes para nuestra eterna salud; pero los bienes de la gracia, la conversion del corazon, el que nos libre de nuestras pasiones, la fidelidad en la ocasion, la perseverancia en la virtud, todo esto se lo debemos pedir sin condiciones, ni restriccion alguna. La voluntad del Señor, dice el Apostol, siempre es que seamos santos, y nunca pueden ser excesivas nuestras súplicas en pedir lo que nunca se nos puede conceder con exceso. Pero en esto es en lo que muchas veces nos engañamos; y ó por justificar las oraciones interesadas y carnales, confundimos los intereses de eterna salud con los del amor propio, ó en las enfermedades habituales pensamos que si el Señor nos restituyera la salud seríamos menos tibios en su servicio, y tendríamos mas proporcion de exercitarnos en buenas obras, y tratar del negocio de la eternidad, y por eso no cesamos de pedirle que nos libre de nuestros males: en la desgracia nos persuadimos á que si aun gozaramos de una alhagueña fortuna socorreríamos á los pobres, favoreceríamos á los

Nn 2

jus-

justos, mantendríamos los intereses de los pueblos, defenderíamos á los desvalidos é inocentes contra la opresion y la injusticia, y de este modo formamos mil deseos de restituírnos á la fortuna y á la prosperidad. Si vivimos ocupados en grandes negocios, nos parece que un estado mas tranquilo nos dexaria mas tiempo para pensar en nuestra salvacion, y no cesamos de decir al Señor: no abandoneis, ó Dios mio, á los que os quieren servir y glorificar en vuestros dones; todo esto es ilusion, Católicos; el estado en que nos ha puesto la providencia es siempre el mas á proposito para nuestra salvacion; quanto mas nos desagrada este estado, mas medios halla la gracia para la santificacion; el pedir al Señor que nos saque de él, con pretexto de servirle en otro con mas fidelidad, es querer escusar á su vista el abuso que de él hacemos. Pero no basta pedir en la oracion lo que se debe, sino que es necesario pedirlo como se debe; y para esto nos servirá tambien de exemplo nuestra Cananéa.

SEGUNDA PARTE.

NO hay oracion, dice San Agustin, quando no es el corazon el que ora; porque Dios solamente oye al corazon. El idioma de éste siempre es fervoroso y abrazado; el corazon no conoce la tibieza ni la negligencia; y esta es la primera instruccion que encierra en sí la historia de nuestro Evangelio. Persuadida la santa muger á que hablaba con el dueño de los corazones, que la abundancia de palabras era propia de los adoradores de los dioses de Tyro y de Sidón, y que una sola expresion de viva fé agradaba mas al Dios verdadero, que los mas abundantes discursos, casi solamente se vale de su amor y su dolor en lugar de las palabras. Es verdad que gritó *clamavit*; pero aun fue mas fuerte el grito invisible de

su corazon. Lloró, pero sus lágrimas no fueron mas que una leve expresion de su pena; movia á los asistentes con el espectáculo de su desconsuelo, pero al mismo tiempo ofrecia á la vista de Jesu-Christo un corazon mucho mas compungido, y en su fervor consistia todo el merito de la oracion. A la verdad, Católicos, quando nos presentamos delante de nuestro Dios, tibios, flojos, distraídos; quando le exponemos nuestras necesidades como si fueran ajenas, quando parece que no tenemos interés en el negocio que tratamos con el Señor; quando dexamos hablar á nuestra lengua sin juntar á ella los religiosos movimientos de un corazon conmovido, ¿qué es lo que hacemos entonces? Escogemos la vista de Dios para que sea testigo de los desordenes de un espiritu ocioso, y de las tibiezas de un corazon infiel. Nos ponemos en su presencia para decirle que no le amamos; nos postramos á sus pies por no pensar en él, y para conversar solamente con las criaturas. En una palabra, le irritamos en el lugar de la propiciacion, y convertimos en delito el exercicio mas util y de mas consuelo que tiene la fé. Católicos, el fervor es esencialísimo á la oracion; lo primero, por razon de la Magestad del Señor á quien suplicamos, y asi los respetos tibios son indignos de su grandeza, y si maldice al que hace su obra con negligencia, ¿qué otro acto de religion puede llamarse con mas propiedad su obra que la oracion? Lo segundo, por lo estimables que son las gracias que pedimos, ¿pues cómo es posible que hayamos de pedir los bienes eternos, las promesas de la vida futura, el don inestimable de la perseverancia, la posesion inmortal de Dios, bienes todos tan preciosos, ¿como es posible, vuelvo á decir, que los hayamos de pedir con tibieza? ¿No sería esto declarar que, ó no nos mueven estos bienes, ó que no los deseamos? ¿Puede bastar todo el corazon para deseárselos? ¿Es posible que hayamos de ser en todo lo demás tan diligentes, y que para quedarnos fríos y disgustados,

dos baste el ponernos en la presencia de Dios, y pensar en los bienes eternos? Finalmente, por la misma naturaleza de la oracion. Esta es un comercio amoroso con vuestro Dios, ¿pues cómo podreis estar en ella con una alma de hielo? Es la consideracion de sus infinitas perfecciones, ¿pues cómo podreis contemplarlas sin devocion? Es pensar en todos los bienes con que os ha favorecido: ¿pues qué cosa puede mover mas á un buen corazon que la memoria de las gracias recibidas? Es gemir por los pasados defectos: ¿Pues cómo es posible el acordarse con indiferencia, en la presencia del objeto que se ama, de las infidelidades que contra él se han cometido? Luego todo nos enseña á orar con fervor, y sin esta condicion la oracion no es mas que un desprecio del Señor, ó una ocupacion inutil de un espiritu ocioso y poco mortificado.

En segundo lugar, esta muger de Tyro unicamente quiere deber la gracia que solicita á la misericordia del hijo de David, y así la humildad de su oracion corresponde á lo vivo de su fé. No alega á su favor, ni el valor con que sale de su nacion, ni la fé con que abandona sus ídolos, y viene á buscar á un extranjero; no alega mas merito que su propia miseria para mover á Jesu-Christo: *Hijo de David, tened misericordia de mí*: la comparan con los mas viles animales, y en este oprobrio halla nuevo motivo de confianza; la dicen que primero son las ovejas de Israel, y se conforma con esta ignominia; no alega por excusa de sus pasadas supersticiones, ni para suavizar el odioso título que la dan, la casualidad del nacimiento, en que tan poca parte tenemos nosotros, y el que en ella mas era desgracia que pecado; no opone á la preferencia con que Jesu Christo honra á los Judios, su ingratitud, su envidia, y su obstinacion, la que les hace aun mas culpables que á los habitantes de Tyro y de Sidón; la humildad es sencilla, y no vé mas que su propia nada; y á la verdad,

Ca.

Católicos, no hay cosa que tanto aparte de nosotros las gracias del cielo, como el buscar en nosotros mismos las razones de la divina liberalidad; en el principio de la conversion solemos algunas veces mirar con complacencia delante del Señor que alli adoramos, un natural feliz, que nos ha preservado siempre de muchos excesos, aun quando seguimos los caminos del delito; un caudal de religion y de temor de Dios, que en el mismo tiempo de nuestros desordenes nos inspiraba cierto respeto á la devocion y á los que la practicaban, y un secreto horror á aquellos hombres de pecado, que de la impiedad y del desprecio de las cosas santas hacen la diversion de sus desordenes; nos representamos en nuestro interior la idea de aquellos pecadores, para hacer honor á la que formamos de nosotros mismos; y nos decimos sin pensar, al pie de los Altares, como el Fariseo: yo no soy como los demás hombres; si estamos algo mas adelantados en la virtud, en vez de bendecir la mano que rompió nuestras cadenas, nos parece hallar en nuestra justificacion las razones que ha tenido el Señor para separarnos de tantos pecadores como se pierden, y de llamarnos á sus santos caminos; por eso quando clamamos al Señor en nuestras afflictiones, casi siempre mezclamos con nuestras súplicas la memoria de lo que hemos hecho por él, y mas parece que pedimos justicia que gracia; ponemos á su vista con complacencia una barca y algunos anzuelos olvidados, como los Apostoles; esto es, las obras mas leves que hemos hecho en su nombre. Le decimos con el corazon secretamente, ¿no nos habeis de dar algo por esto? *¿Quid ergo erit nobis?* (a) Nos acordamos de haber dado una limosna, de haber hecho una obra de misericordia, de haber exercitado

(a) *Matth. 19. v. 27,*

algun acto de religion, y al mismo tiempo que con una mano ofrecemos nuestras calamidades, con la otra hacemos presentes nuestros meritos; ponemos en un peso, como Job, nuestras justicias, y nuestras aflicciones, y muchas veces perdemos en la oracion el fruto de los pasados meritos, quando en ella debieramos adquirir otros nuevos; no nos gloriamos en la presencia del Señor, ni le decimos claramente: Vos, Señor, debéis mostrar algun agradecimiento á mi fidelidad; no puede ser que mis obras santas se hayan borrado absolutamente de vuestra vista, pues todo persevera vivo en vuestra presencia, pero en la desgracia que me aflige he de conocer que no han sido vanos mis servicios; no le decimos esto á las claras, pero lo decimos en nuestro interior; no hacemos alarde de nuestros meritos, pero los ponemos de modo que se vean; nos cubrimos con nuestras buenas obras, y miramos á la Magestad del Altísimo por entre el velo lisongero de nuestras virtudes, sin acordarnos de que Moysés en la montaña levantaba el velo quando hablaba con el Señor, como para exponer mejor sus miserias, y no se valia de él sino quando se volvía hácia el pueblo, y como para ocultarse á sí mismo la memoria de las acciones heroicas y de los prodigios que habia obrado entre sus hermanos. Nunca puede el pecador presentar mejor título para alcanzar favores que su indignidad, y la clemencia de un Dios que no le debe mas que el castigo de sus culpas.

Por último, la Santa Cananéa añade al fervor y á la humildad de su oracion la perseverancia. Al principio no respondió Jesu-Christo á sus súplicas tan sumisas, tan humildes y tan fervorosas, mas que con un silencio indiferente: *Qui non respondit ei verbum.* Habia esta santa muger abandonado sus dioses, su país, hasta su hija que se estaba muriendo, por venir á buscarle, y no se dignó ni aun de mirarla. Le mani-

fies-

fiesta su dolor de un modo tan vivo, tan tierno, tan lleno de fé, y capaz de mover todos los corazones: los asistentes se enternecen, y solamente Jesu-Christo la mira con indiferencia; Jesu-Christo que habia de llorar por la rebelde Jerusalén; Jesu-Christo, á quien unicamente la confusion de una muger adúltera le halló tan indulgente y tan misericordioso; que se representaba á sus discipulos baxo la figura de un amoroso pastor, ocupado en buscar por las montañas las ovejas descarreadas. Jesu-Christo niega su amor y su atencion á esta muger que le viene á buscar desde una region tan distante! ¿Tanta fé, tantas lágrimas, tantos pasos merecian ser pagados con un silencio que así la desconsolase? ¿Qué otra fé no se hubiera acobardado con semejante rigor? *Qui non respondit ei verbum.* Con todo eso, esta muger fuerte persevera, y no se rinde su grande alma. Hasta ahora no se habia atrevido á presentarse al Salvador, y se habia contentado con levantar su voz desde lexos: *Dimitte eam, quia clamat post nos.* Pero á proporcion de la repulsa se vá acercando, y los rigores son los unicos atractivos de que se vale Jesu-Christo para ganarla. ¿Pero qué quiere decir, por último, con postrarse á los pies de Jesu-Christo? ¿Vá acaso movida de una secreta envidia á acordarle los muchos prodigios que ha obrado en otras partes; ó á decirle como los habitantes de Nazareth: Hemos sabido por las públicas noticias las cosas que habeis hecho en Caphárnaum? ¿Vá acaso á recoger todas las fuerzas que la habia dexado su afliccion, á valerse de los mas tiernos y eloqüentes afectos del amor maternal, y hacer el último esfuerzo para que el Señor se mueva y se la muestre propicio? esto era lo mas que podia esperarse de una muger infiel. Con todo eso miradla á los pies del Salvador, como adora en silencio los eternos consejos de su sabiduría para con ella: *At illa venit, & adoravit eum, dicens; Domine adjuva me.*

Tomo III.

Oo

Co-

Como se conforma en su interior con las severas disposiciones de su penitencia; como se humilla baxo la poderosa mano que la castiga; queda tranquila acerca de la suerte de su hija, y no vuelve á hablar palabra; la ha puesto mucho tiempo antes en las manos de su libertador, y ya no pide que la libre de su afliccion, sino que la dé fuerza para poderla sufrir: *Domine adjuva me*; Señor, ayudadme; se niega á sí misma hasta las lágrimas, que son el unico consuelo de los desgraciados; ahoga en sí los mas tiernos afectos de madre; hace que sus deseos se conformen con los decretos del Señor que adora; solamente porque no la oye se cree indigna de ser oída, y todas sus súplicas se reducen á que le dé una alma mas fuerte que su dolor: *Domine adjuva me*: Señor ayudadme: no concedais la salud á mi hija, si se oponen á ella vuestra justicia, y mi infidelidad; pero arrancad de mi corazon el amor que aun la tengo: *Domine adjuva me*. ¿Quién no creeria que este último paso habia de triunfar de la tardanza del Salvador? Con todo eso no responde á esta tan constante muger sino con rigurosas reprehensiones. No es justo, le dice, tomar el pan que está destinado para los hijos, y darle á los perros; pero no se ofende con un desprecio tan terrible: aumenta las instancias al paso que se aumentan las dificultades, y perseverando constante arranca, por decirlo así, de las manos de Jesu-Christo la gracia que el Señor la habia dilatado tanto tiempo; *O muger*, exclama, no pudiendo dexar de alabar en público lo que habia tanto tiempo que estaba admirando en secreto; *grande es tu fé, hagase lo que deseas*. Y esto, Católicos, es para nosotros otra instruccion acerca de la perseverancia en nuestras oraciones; muchas veces no nos oye el Señor, nos dexa en la afliccion de que le pedimos que nos saque, en las flaquezas que son causa de nuestros gemidos, en las tentaciones de que

siem-

siempre salimos medio vencidos. Entonces ya cesamos de pedir, nos parece inutil el repetir las súplicas que no oye, y aun mas tranquilos algunas veces en nuestras pasiones, despues de haber pedido en vano la libertad, nos parece que nada hemos omitido por nuestra parte, y que en adelante la gracia debe obrar lo que falta. Pero no quiero deciros que acaso no sois oídos porque pedís mal, que vuestra oracion lleva consigo misma las razones de negaros Dios lo que le pedís, y que es necesario corregir sus defectos, y no interrumpir su exercicio. No quiero deciros que acaso en una vida absolutamente mundana solicitais gracias que solamente son recompensa del retiro, de la penitencia, y de la oracion; que pedís el don precioso de la continencia y de la castidad, quando caminais á perderla con vuestras conexiones, con vuestra leccion, y con vuestras conversaciones; pedís la paciencia en los trabajos, quando al mismo tiempo estais continuamente buscando vuestras comodidades, y muy poco acostumbrados á sufrir; pedís gusto en la virtud, quando vuestras costumbres tibias y sensuales destruyen todas las gracias; fidelidad en las ocasiones, quando no velais sobre vuestro corazon, y despreciáis las mas esenciales precauciones de la piedad christiana. ¡Ah! no me admiro de que entonces os responda Jesu Christo, como hoy á la Cananéa: *Que no es lícito tomar el pan de los hijos para echarlo á los perros*. Y que los favores que solicitais no son para los pecadores como vosotros, sino que están reservados para la fidelidad de las almas justas: *Non est bonum*. Supongo que pedís como se debe, pero digo que procedéis injustamente en retiraros quando no sois oídos. ¿Os parece, amados oyentes míos, de tan poca importancia la salvacion, que no merezca ser pedida mas de una vez? ¿Os parais al primer paso que dais para conseguir las cosas que deseais con ansia? ¿Los obstáculos en vuestras pre-

Oo 2

ten-

tensiones temporales sirven mas que de avivar y despertar vuestros deseos? Vosotros contais vuestros pasos con Jesu-Christo; ¿pero los contó acaso el Señor con vosotros, aun en medio de haberle despreciado tantas veces? ¿No vuelve todavía á presentarse á la puerta de vuestro corazón con tanto deseo de vuestra salud, quando os llama á la hora undécima del día, como quando os llamaba á la primera? ¡Ah! si despues de algunas inspiraciones de su gracia se hubiera retirado absolutamente de vosotros, si solamente porque no le pudieseis atribuir la culpa de vuestra perdicion, se hubiera contentado con avisaros una vez, y os hubiera dexado despues en manos de vuestra corrupcion, ¿qué sería de vosotros? ¡oh hombre! ¿podrá haber exceso en pedir el unico bien que necesitas? ¿Ignoras que tu Dios quiere ser instado, solicitado, importunado, y que tanto su gracia como su Reyno unicamente son premio de la violencia? Por otra parte, Dios os niega lo que le pedís, pero es para obligaros á que le roguéis por mas tiempo. Conoce el carácter de vuestro corazón; sino tuvierais cosa alguna que desear de su liberalidad, jamás os encomendariais á él; si os hubiera oído á la primera vez, el beneficio es hubiera hecho olvidar del bienhechor. Dios os niega lo que le pedís; ¿pero qué sabeis si vuestra misma oracion es mas agradable á Dios que la virtud que le pedís? ¿Si gusta mas de oír vuestros gemidos por vuestra impaciencia, por vuestras flaquezas, que de veros mas paciente y mas fiel? ¿si la compuncion con que le ofrecéis vustras faltas en la oracion os purifica mas á su vista, que la emienda de esos mismos defectos? Y finalmente, ¿qué sabeis si os cansasteis de orar al mismo tiempo que estabais para alcanzar lo que pediais; y quando el Señor no esperaba mas que una nueva instancia? Orasteis, y no os oyó; volvisteis á clamar de nuevo, y calló; otra vez volvió á subir al Señor la

VOZ

voz de vuestro corazón, y fue en vano; y entonces parasteis aquí, como aquel Rey de Israel despues de haber herido tres veces la tierra con su lanza; ¿pero por qué no proseguís? como respondió el Profeta Eliséo á aquel imprudente Principe: *Si hubieras herido hasta cinco veces, quedaba destruida la Asiria, y hubieras conseguido una completa victoria de tus enemigos.* Dios habia señalado el instante de su gracia á una nueva súplica; vuestros primeros votos le habian ya dispuesto, y no faltaba mas que acabar la obra. Desfallecisteis quando estabais para recoger el fruto de vuestros trabajos: *Si percussisses quinquies.* (a) Si hubierais tenido un poco mas de perseverancia hubierais alcanzado lo que pediais: si hubierais llamado otra vez á la puerta, os hubieran abierto: si hubierais hecho un nuevo esfuerzo hubierais triunfado de la lentitud del mismo Dios; y con retiraros perdeis las gracias que ya habiais merecido, y las que estabais para alcanzar; os suplico que hagais aquí una reflexión, y es, que no basta el continuar simplemente, y no desanimarse, sino que es necesario aumentar los esfuerzos despues de haber pedido é instado; si no habeis conseguido, es necesario llamar.

Y á la verdad, Católicos, Dios solo dilata el oírnos para hacer que sean mas fervorosas nuestras súplicas; parece que las desprecia para inflamar mas nuestros deseos. Esta es una de aquellas ficciones del Amor divino, el que parece se nos niega para avivar mas nuestro afecto, y muchas veces renueva para con las almas fieles la historia de los discipulos que iban á Emmaús; esto es, parece que se retira de ellas para que le insten mas á que se detenga. Este es el fin de Dios en suspender sus gracias. Pero me direis que no

ha-

(a) 4. Reg. 13. v. 19.

habeis dexado de pedir desde el fatal instante en que pereció vuestra inocencia; desde aquel día funesto que mudó vuestra alegría en tristeza, y en que perdisteis los medios de vuestra fortuna, y desde que la mano del Señor os hirió con aquella cruel enfermedad que os hace tan amarga la vida; no habeis cesado de pedirle fuerza para levantaros de vuestra culpa, fé para llevar la adversidad, una paciencia christiana que os haga poseer vuestras almas, haciendos dueños de ellas, que os dexé sufrir sin quejaros ni murmurar, y con todo eso hoy os hallais tan fragil, tan triste, tan inquieto como en el primer instante en que empezasteis á orar al Señor; vosotros perseverais, y el Señor no os responde. Pero os pregunto, ¿habeis hecho mas vivas instancias por haber tardado el Señor? ¿Habeis añadido á la oracion el socorro del ayuno y de la penitencia? ¿Habeis tentado nuevos caminos para vencer al Señor? ¿Se ha avivado vuestro fervor, se ha aumentado vuestra fidelidad, se han multiplicado vuestras obras christianas? Finalmente, ¿habeis enviado al cielo mas penetrantes clamores despues que visteis que los primeros fueron inutiles; y como los Israelitas, despues de haber dado vueltas al rededor de las murallas de Jericó, por espacio de seis dias, habeis añadido al septimo el ruido de las trompetas, y los alaridos, como para triunfar del mismo Dios con este nuevo esfuerzo, y ver caer á vuestros pies la pasion de que tantas veces habiais deseado libertaros? ¡Ah! el Señor no os oye porque siempre pedís de un mismo modo, por mas que se niegue á vosotros no sentís suficientemente su desvio, y así no clama vuestra voz con nuevo esfuerzo.

¡Ah! bien pudiera yo deciros aqui con realidad lo que en otro tiempo decia por burla Elías á los Profetas de Baal congregados en Bethél para sacrificar á su Dios; gritad mas, porque vuestro Dios se duerme algunos
ve-

veces, y necesita de que le despierten. La Cananéa no siempre se contenta con decir: Hijo de David, mi hija se halla cruelmente atormentada; sino que se acerca; hace nuevos esfuerzos; finalmente, obliga tambien á los discipulos á que intercedan por ella con Jesu-Christo. Y este, Católicos, es el modelo de nuestra perseverancia. Dirijamos á Dios nuestras súplicas y nuestras oraciones; si no nos oye, volvamos á este santo ejercicio con nuevo fervor; si continúa manifestandose sordo á nuestros gritos, en vez de acobardarnos, debemos volver á instarle, y hacerle una especie de violencia para arrancarle sus gracias; intereseamos á los justos en nuestra causa, ellos son amigos de Dios, y pueden mucho con su Divina Magestad. Pero no fiemos en las oraciones de los justos, quando nosotros no oramos por nosotros mismos. Los Apostoles que piden por la Cananéa no son oídos, y la Cananéa alcanza despues la gracia por sí misma, enseñandonos en esto, dice San Juan Chrisostomo, que las súplicas que nosotros mismos hacemos á Dios, por mas pecadores que seamos, le mueven mas que las que otros hacen por nosotros, por mas puras que sean en su presencia. Con todo eso, la piedad de cierta clase de personas consiste solamente en honrar á los siervos de Jesu Christo, en encomendar á su piedad y al mérito de sus oraciones las necesidades de su alma. ¿Pero de qué sirve, Católicos, el interesar á los justos en vuestra eterna salud, si no quereis trabajar en ella vosotros mismos? ¿De qué sirve que las almas santas digan todos los dias: Señor, convertid aquella alma que rescatasteis con vuestra sangre, si por otra parte decís vosotros: Yo todavia no puedo convertirme á Vos; no rompáis unos lazos que me agradan, y que todavia no puedo aborrecer? Os pareceis á aquel desgraciado Simon, que no queriendo participar de la gracia del Evangelio, y de
la

la predicacion de los Apostoles, ni salir de sus desordenados caminos, pedia no obstante á los discipulos que rogasen á Dios por él: *Precamini vos pro me ad Dominum.* (a) No pongais obstáculos á las gracias que se solicitan para vosotros, y entonces serán poderosas las oraciones de los justos. Pedid continuamente al Señor que os dé un nuevo corazon, que aniquile vuestros injustos deseos, que oyga las súplicas de sus siervos, que no se cansen estos de pedir vuestra conversion; orad, os vuelvo á decir, y no os canséis de orar; si sois pecador no os queda otro arbitrio para recobrar la gracia; si sois justo, unicamente la podeis conservar por este medio.

¡Ah! ¿No es felicidad el que la divina misericordia os haya abierto un camino de salvacion tan facil y de tanto consuelo? El Señor es aquel hombre del Evangelio, que despues de algunas dificultades no puede negar tres panes á un amigo que se los pide con instancia; es aquel Padre que no puede dár un escorpion á sus hijos quando le piden el sustento; en una palabra, es aquel Juez vencido de las instancias de la viuda, que concede por último á su importunidad lo que antes habia negado á sus primeros clamores; y el mismo Jesu Christo que es el autor de estas parábolas de tanto consuelo, las aplica al Juez celestial. Dios mio, Vos mismo convidais al pecador á que os pida gracias, parece que tenéis interés en hacer feliz al hombre, y que no sois bastante para Vos mismo.

¡Ah, Católicos! ¿de qué proviene, pues, que un exercicio tan util para la humana flaqueza sea tan despreciado de nosotros? ¿De qué proviene que todos los dias se recurra en el mundo á nuevos artificios para aliviar las molestias de la vida mundana, para ocupar los

(a) *Act. 8. v. 24.*

instantes que dexa vacíos la variedad de los deleytes, y que no se haya de hallar tiempo para orar? ¿Es posible que un Dios á quien debieran consagrarse todos los instantes del dia no ha de tener alguna parte en ellos? No os quiero arguir aquí del mal uso que haceis del tiempo, que tan precioso debe ser para los Christianos, dedicandole á juegos excesivos, á entretenimientos vanos, y á unas casi continuas inutilidades; pero á lo menos separad algunos instantes para llorar delante de vuestro Dios por lo mal que habeis empleado los demás. No os pregunto en qué empleais vuestros dias y vuestros años, pero á lo menos no los paseis todos sin acordaros del Autor de vuestro ser, y del Juez de vuestras acciones; consagradle algunas horas, que no se las disputen ni las ocupaciones, ni los placeres. Acordaos de que Daniel quiso mas exponerse á perder la vida, que faltar á la hora de su oracion; ofrecedle en compañía de vuestra familia oraciones comunes; no tengais á la oracion, que debe ser la ocupacion continua de los Christianos, por exercicio solamente de las almas retiradas; y Vos ¡oh Dios mio! formad en nuestros corazones aquellos deseos, que unicamente pueden venir de vuestras inspiraciones, derramad sobre nosotros aquella gracia de la oracion, que es el principio de todas las demás; dadnos el Espiritu Santo, que es el invisible Maestro que enseña á orar, y preparadnos los bienes eternos, inspirandonos el deseo de pedirlos. Amen.